

## Capítulo II:

### Antonia en la Compañía de María

1. Vocación religiosa de Antonia.
2. Elección de Instituto religioso.
3. Un postulante que dura diez años.
4. Vocación de Fundadora.
5. Encuentro con el Padre Claret.
6. ¿El P. Claret quiere que Caixal sea el fundador del Instituto?
7. Antonia recibe el hábito de la Compañía de María.
8. Salida del noviciado.
9. Un año de espera en Tarragona.
10. Voto de no separarse.

#### 1. *Vocación religiosa de Antonia*

La vocación religiosa parece que se fue abriendo camino en el alma de Antonia desde los años más tiernos ( <sup>1</sup> ). El deseo de consagrarse a Dios enteramente se fue filtrando en su espíritu como las luces de la aurora entre los postigos entornados, poco a poco, casi insensiblemente. Uno ni se da cuenta, y ya es el sol

---

<sup>1</sup> M.G. BARRIL DE SAN FELIPE, o.c., p. 2.

del mediodía. De esa manera imperceptible, natural, como por íntima necesidad del alma, obedeciendo a una oculta ley de gravedad hacia Dios, Antonia descubrió que anhelaba con sed irresistible las fuentes de las aguas. Tuvo sed de la Gracia en su afluencia más límpida. Sed de la fuente en su virginidad.

No vamos, sin embargo a decir nosotros con el P. Cepeda que ya desde sus primerísimos años se « subía a la azotea de su casa y dirigía ansiosas miradas al contiguo convento de Santa Clara... De ahí le venía ardientes deseos de abrazar la vida religiosa », por la sencilla razón de que su casa no tenía azotea ( <sup>2</sup> ). Aunque Antonia misma nos dirá que había deseado la profesión religiosa « desde que tenía uso de razón » ( <sup>3</sup> ). Tampoco sabemos la fecha exacta, pero parece que fue en edad muy temprana cuando hizo voto de virginidad ( <sup>4</sup> ).

Antonia va madurando su entrega definitiva a Dios. Si hubiera sido joven amiga de jolgorios y saraos en la Tarragona del primer tercio del siglo XLX lo habría pasado muy mal, porque no había más bailes que las idílicas sardanas, que, eso sí se formaban cada dos por tres en la plaza del Ayuntamiento. En cambio sí podía haber asistido al teatro pues a principios de 1815 una de las primeras obras que se iniciaron al reconstruir la ciudad volada por los franceses, fue el Teatro *Principal*. Y para pasear, ya quinceañera, existía el *Jardín* llamado *General* por haber sido obra del gobierno del tristemente célebre Conde de España que allá por el año 1820 hizo ajusticiar, entre otros, a Rafael Vidal y a Alberto Olives ( <sup>5</sup> ). Y el paseo se podía prolongar hasta bien entrada la noche porque o hacía mucho que se había inaugurado el alumbrado público de aceite.

Los años de Antonia se van deslizando tranquilos en la vieja ciudad con sabor a normalidad. En el ambiente familiar todo vuelve a la normalidad, después del natural desasosiego producido por las inesperadas segundas nupcias de la madre, Teresa Riera, con el joven labrador Rafael Porta, que se la llevó consigo a casa de sus padres. La casa solariega de la Plaza de los Cedazos quedó ocupada por las os hermanas Antonia y Teresa, ésta casada ya con Esteban Jordá.

Pero también hubo, durante la juventud de Antonia, algunos acontecimientos que conmuevan la ciudad, como el frío tan horroroso del año 29 que mató los algarrobos del Campo de Tarragona y se tenía que hacer fuego en las fuentes para sacar agua; como si esto no bastara vino después, en el mismo año 29, el pedrisco que no dejó en toda la ciudad ni una sola teja sana y, en cambio, con gran asombro de la gente, no cayó ni una sola piedra en el puerto. Mucho más grave fue la peste del 34; la expulsión de los frailes en el 35 dio lugar a que los conventos de San Agustín y de las Carmelitas Descalzas se convirtieran en cuarteles y el de San Francisco fuera asignado para sede del Gobierno Civil parte de él, y la otra parte para Instituto. También la venida de Doña Cristina, la Reina Gobernadora supuso una auténtica conmoción en la ciudad; para recibirla se pintaron de *rosa* todas las casas de la Rambla de San Carlos porque era el color preferido por la fogosa napolitana.

Pero todos estos acontecimientos no fueron capaces de perturbar la paz interior de Antonia.

## 2. Elección de Instituto Religioso

Las aspiraciones de Antonia eran inicialmente abstractas: ser religiosa. Aunque, hasta su encuentro con el Doctor Caixal, parece que sentía inclinación especial por la vida contemplativa absoluta ( <sup>6</sup> ). Si no ingresó en un convento de clausura estricta se debió a las dificultades inherentes a su salud. Y así tuvo que esperar a que la voluntad de Dios se le fuese clarificando. Sólo así se explica el que haya esperado a una edad avanzada,

---

<sup>2</sup> El P. Cepeda sigue literalmente a la M. Gertrudis Barril de San Felipe: « y se recreaba mirando desde su terrado, el Convento de las Religiosas de Sta. Clara cercano a su casa anhelando ya desde tan niña abrazar la vida religiosa para poder estar de noche en la Compañía de Jesús Sacramentado cuya luz estaba mirando en las ventanas de dicho Convento ». o.c., pp 2-3; Cfr. CEPEDA, p. 9.

<sup>3</sup> *Aut.*, 97.

<sup>4</sup> La Madre Gertrudis Barril de San Felipe que en breve semblanza de los primeros años de la Madre Fundadora está empleando, sin duda, el medollo de la Vida de Santa Teresa, dice que con ocasión de su conversión, cuando tenía unos 14 años, « se entregó más particularmente a la Sma. Virgen con voto perpetuo de castidad ». o.c., p. 4.

<sup>5</sup> MAGRIÑA, A., *Tarragona en el siglo XLX*, p. 53.

<sup>6</sup> « Todo su gusto era estar sola, y como inclinada a un recogimiento muy interior a lo cual se sentía muy a menudo llamada, pero no hacía caso porque no conocía por sus pocos años la voz divina que la atraía para sí ». M:G: BARRIL DE SAN FELIPE; o.c., p. 3.

28 años, para pedir formalmente su admisión en un convento. La idea fundamental de su vida era agradar a Dios, hacer su voluntad, « cumplir su santísima Ley », que será el lema de toda su vida. En cómo y el cuándo ya se irá manifestando poco a poco, en el momento oportuno. Por eso en la vida de Antonia no se registran retrocesos ni paréntesis — aunque otra cosa pueda parecer su ingreso y salida de la Compañía de María — porque su vocación no está limitada a un término concreto, sino condicionada a Dios. Es un caso paralelo al del P. Fundador, el cual intentará, primero, ser cartujo, después sacerdote con cura de almas, después misionero apostólico, más tarde jesuita ... Pero Dios le irá mostrando en cada momento la dirección exacta de su vocación. Solamente así es explicable la maravillosa unidad de ambas vidas.

Desde su encuentro con Caixal empezó a orientarse su vida hacia una actividad apostólica. Lo cual nos indica que también su espiritualidad iniciaba un giro hacia el Apostolado, no sólo hacia una vida contemplativa estricta. Durante el paréntesis del destierro de Caixal, Antonia realiza su deseo de consagrarse a Dios. Intencionalmente, su consagración a Dios es absoluta, pero jurídicamente, solamente lo consigue de un modo parcial.

No era la década de los 30 muy propicia para la Vida Religiosa en España. Por entonces empezó una etapa de abierta persecución contra la Iglesia; y, más concretamente, contra los Institutos Religiosos. Nunca se había iniciado una centuria con tan sombrías perspectivas para la vida religiosa como el siglo XIX. Esta centuria, heredera fiel de la ideología del siglo XVIII, especialmente de la Ilustración y de la Revolución francesa, se apropió también su odio mortal a las instituciones monásticas. La primera mitad del siglo puede considerarse, en general, como un periodo de persecución contra la Vida Religiosa que empezó por la confiscación de los bienes y terminó con la exclaustración de los religiosos. Primero, la supresión de conventos decretada por los juguetes napoleónicos que tenían en sus manos los destinos del Gobierno, después la exclaustración y desamortización de Mendizábal hicieron la vida prácticamente imposible a las instituciones religiosas. El 14 de septiembre de 1835 María Cristina, la Reina Gobernadora, nombró Presidente del Consejo a Mendizábal, el cual, a pesar de su efímero gobierno, tuvo tiempo de plasmar sobre la vida religiosa su impronta indeleble. A pesar de que la Regente, durante la minoría de edad de Isabel II, afirmaba en su primera proclama al país (4 de octubre de 1833) que « la religión inmaculada que profesamos, su doctrina, sus ejemplos, sus ministros serán el primero y más grande cuidado de mi Gobierno »... bien pronto — si es que no fue una deliberada pantalla política para ganar una baza al Carlismo — sus palabras se las llevó el viento de los acontecimientos. Pero, por lo menos, tuvieron el efecto de adormecer a la opinión pública, hasta que se despertó, cuando ya no había remedio, con el crepitar de las llamas que devastaban iglesias y conventos en 1834, y con los disparos secos que en 1835 segaban vidas de frailes indefensos.

Y todo eso no fue nada más que el preludio del ataque directo a las Congregaciones Religiosas. Un decreto del masón Mendizábal firmado por la Regente en marzo de 1836, firmaba que «razones de alta conveniencia del Estado y de los mismos religiosos » obligaban a suprimir los conventos y beaterios « cuyo instituto no se la hospitalidad o la enseñanza primaria ». Y además «no se conservará abierto ningún convento que tenga menos de veinte religiosos profesos ». Pero incluso éstos estaban condenados a muerte en muy corto plazo, porque se « prohibía la admisión de novicios de uno y otro sexo en los conventos y beaterios que pudieran subsistir por este decreto ». Se prohibía así mismo llevar el habito religioso por la calle. Y, por supuesto, « todos los bienes raíces, inmuebles y semoviente, rentas, derechos y acciones de todas las casas de comunidad de ambos sexos, así suprimidas como subsistentes, se aplican a la Real Caja de Amortización para extinción de la deuda pública».

A pesar de los cinco mil setecientos millones que se recaudaron de la mala venta de los bienes de las Ordenes Religiosas, el Estado quedó más empobrecido y arruinado que antes, porque todas las obras de beneficencia que antes sostenía la Iglesia, pesaban desde ahora sobre el erario público. Pero una cosa es que pesen sobre el erario público, y otra que éste las atienda. Y aquí es donde radica precisamente la fuerza impulsora del gran florecimiento de la Vida Religiosa en España durante el siglo XIX. Las persecuciones tuvieron como fruto inmediato en nuestra patria una jamás sospechada floración de vocaciones que se tradujo en la fundación de innumerables congregaciones religiosas femeninas. La caridad cristiana de una llamada que escuchan todas las almas sensibles al mandamiento del amor al prójimo. Como consecuencia de la supresión de las pequeñas comunidades religiosas que atendían a la beneficencia y a la enseñanza, los municipios de cierta importancia se ven obligados a crear establecimientos benéficos para atender a los enfermos pobres y a la enseñanza primaria. No hay más remedio que improvisar enfermeras y maestras; pero en seguida se advierte que no es lo mismo confiarse a seculares *a sueldo* que religiosas *a caridad*. Por eso los municipios confían sus centros benéficos a *grupos de mujeres piadosas* que, bajo la dirección de algún clérigo o religioso, se entregan desinteresadamente al servicio caritativo de los necesitados. Estas pequeñas comunidades son, con frecuencia, la primera célula de un nuevo Instituto Religioso, que en muchos casos desaparecerá muy pronto, tan pronto como empieza a enfriarse el fervor e sus iniciadoras, pero en muchos otros perdurará. Y así, España que contaba al empezar el siglo XIX con sólo tres Congregaciones religiosas

femeninas, a pesar de las vejaciones, verá surgir, durante esta centuria romántica, 74 nuevas congregaciones que aún subsisten. Entre ellas el Instituto fundado por San Antonio María Claret y María Antonia París de San Pedro.

Ante esas leyes persecutorias contra la Vida Religiosa, los Institutos antiguos que quisieron proseguir sus tareas apostólicas tuvieron que valerse de una estratagema que esquivara los castigos de la ley civil, al admitir a nuevos candidatos.

Las Religiosas de la Compañía de María, fundadas en Burdeos por Santa Juana de Lestonnac en 1605, que tenían un convento en Tarragona resolvieron «recibir en clase de educandas a algunas jóvenes que deseaban ser religiosas, con el fin de poder continuar las tareas de la enseñanza, y de este número fue la *Hermana Antonia París* que entró a los 28 años el día 23 de octubre de 1841»<sup>(7)</sup>.

### 3. *Un postulantedo que dura diez años*

Diez años va a durar oficialmente su Postulantedo. Pero en la práctica durante este tiempo Antonia llevará la misma vida que las demás religiosas profesas. El testimonio de la Abadesa del Convento es explícito: «vestida de seglar desempeñó los cargos de novicia y con el empleo de maestra de clase de encajes para los cuales tenía delicada actitud»<sup>(8)</sup>. Pero la labor educativa de la Hermana Antonia se extendió también a la enseñanza propiamente dicha; y sus éxitos en este campo debieron ser considerables porque ella misma nos dice en sus notas autobiográficas: «En el convento puse la educación de las niñas en pie que estaba decaída, tal vez por ser pocas las religiosas»<sup>(9)</sup>. Antonia dice expresamente que fue *maestra de clase* y que por ello era muy conocida en la ciudad<sup>(10)</sup>.

Su estancia en el convento de Tarragona lo resume así la propia Antonia: «Hablaba poco, trabajaba mucho... Era toda para todas. Grande amor a las enfermas»<sup>(11)</sup>.

«El trabajo era mucho y bien pesado porque eran muchas las religiosas enfermas, y había muy pocas de comunidad. Así que tenía que cumplir los cargos del noviciado y de monja profesas, estos últimos eran los que más me ocupaban»<sup>(12)</sup>.

Tenía un tacto especial para tratar a las niñas educandas. Estas a su vez la estimaban en gran manera. La misma Hermana dejó anotada en sus notas espirituales la actitud de las niñas para con ella: «Viejas, atención; jóvenes grande cariño, respeto; mucho fruto en los avisos: dábales pocos»<sup>(13)</sup> Pero sus buenas maneras y trato exquisito trascendieron pronto los muros del convento. Con su habitual modestia y humildad se hace eco de ello en sus apuntes:

«Dióme Dios una virtud tan atractiva y una sobriedad en todas mis obras, y en el trato con las criaturas que robaba los corazones para Dios. Me tenían mucho cariño los que me trataban»<sup>(14)</sup>.

«Por respeto a Dios en esta pecadora se contenían muchos abusos que había en la comunidad, Dios nuestro Señor obraba en todo: Nada había mío»<sup>(15)</sup>.

Todas estas facetas de su amabilidad, laboriosidad y vida edificante fueron captadas en primer lugar por las religiosas del Convento de Tarragona. Se recuerdo perdurará entre aquellas convivieron con ella y será transmitido de generaciones en generaciones. Años más tarde, cuando las religiosas del convento de Tarragona evoquen su recuerdo dirán:

«Nuestras antiguas Madres, compañeras de noviciado de Madre París nos decían cuando alguna vez hablaban de aquellos tiempos que la Hermana Antonia era muy edificante, dada del todo a Dios, que suspiraba siempre por el retiro, y en cuanto salían de clase en seguida se recogía en su soledad, al interior de su alma, sin hablar nunca fuera de los tiempos de recreo, y entonces tan poco como podía; muy trabajadora, amante

---

<sup>7</sup> Libro de Actas de la Compañía de María de Tarragona, fol. 186.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

<sup>9</sup> Rec. y Not. 1S., 11.

<sup>10</sup> Aut., 119.

<sup>11</sup> Rec. y Not. 1S., 12.

<sup>12</sup> Auto., 25

<sup>13</sup> Rec. y Not. 1S., 12.

<sup>14</sup> *Ibidem*, 8.

<sup>15</sup> *Ibidem*, 15.

sobremano de la mortificación de lo que se quejaba que tenía aquí poca penitencia; algunas de ellas afirmaban que por las noches oían luchar con el enemigo infernal de las almas »<sup>(16)</sup>

Este elogio de las Religiosas de la Enseñanza de Tarragona no tendría para nosotros valor alguno, y lo consideraríamos como un mero cumplimiento de informar piadosamente sobre una persona e la que se pide y espera un elogio, si no coincidiera casi literalmente con lo que la misma Hermana Antonia nos dice de sí misma respecto a su estancia en aquel convento. En los Apuntes, que, por obediencia a sus Confesores, escribió relatando las vicisitudes de su vida y de las manifestaciones de Dios durante los años que fue postulante y novicia de la Compañía de María, coincide plenamente con los rasgos delineados por la Priora del Convento.

#### 4. *Vocación de Fundadora*

Antonia había actuado con plena rectitud de espíritu al solicitar su ingreso en la Compañía de María. Allí creyó hallar inicialmente la satisfacción completa de sus aspiraciones a la perfección. Pero ya poco después de su ingreso empezó a experimentar una llamada especial de Dios para dar cauce a una nueva institución religiosa. Antonia recibe las primeras inspiraciones sobre el futuro Instituto a los pocos meses de su ingreso en el Convento de la Enseñanza. Consultó con su director espiritual que, por este tiempo en ausencia del Dr. Caixal, era el dominico Fray Tomás Gatell, el cual aprobó tales inspiraciones como venidas de Dios. No obstante Antonia continuará alegre y satisfecha en la Compañía de María esperando una mayor clarificación de la voluntad de Dios. Cuando regresó el Doctor Caixal de su destierro en 1846 aprobó esos designios fundacionales. Antonia filtrará siempre por el tamiz de la dirección espiritual todas sus experiencias sobrenaturales; pero, una vez confirmadas por los representantes de la voluntad de Dios, estará dispuesta a secundarlas con todas las fuerzas de su corazón y de su inteligencia.

Ya hemos visto que durante el siglo XIX se fundaban nuevas congregaciones con tal facilidad, que casi parecía un juego; sobre todo a partir de la segunda mitad de la centuria. Pero cuando Antonia, recién ingresada en el convento de Tarragona, recibió las primeras inspiraciones de Dios que la orientaban por el arriesgado camino de fundadora, eran todavía muy escasas las fundaciones de Institutos femeninos en España.

Después de algún tiempo de espera durante el cual el canónigo Caixal pudo estar de nuevo al corriente de todas las interioridades del espíritu de su dirigida, convenciéndose plenamente de que era el espíritu de Dios el que guiaba realmente a Antonia hacia la fundación de un nuevo Instituto Religioso, se iniciaron las primeras tentativas para llevar a cumplimiento la voluntad de Dios. El asunto era de tanta trascendencia, que requería mucha prudencia y el asesoramiento de personas competentes. Nadie le pareció más indicado al Canónigo Caixal que su amigo, Monsén Claret que por entonces polarizaba la atención de todo el Principado catalán con sus predicaciones. Además, podía prestarle una colaboración eficaz no sólo porque su prestigio allanaría fácilmente las dificultades que pudieran presentarse a la hora de pedir una aprobación episcopal en cualquiera de las diócesis catalanas, sino porque él mismo había sido elegido por Dios para la fundación. En efecto, la Hermana Antonia afirmaba que Dios le había inspirado que sería el P. Claret el instrumento elegido para la «Fundación del Instituto»<sup>(17)</sup>.

Sus palabras son bien explícitas:

«Estando una noche en oración anegada en un mar de lágrimas rogando a Dios Nuestro Señor que por su santísima Pasión y Muerte, tuviera compasión de las necesidades de la santa Iglesia, que en aquel tiempo eran muchas, me dijo Nuestro Señor ( señalándome con el dedo a Monsén Claret como yo lo viera allí, entre Nuestro Señor y yo): «Este es, hija mía, aquel hombre apostólico que con tantas lágrimas, por tantos años seguidos me has pedido». Manifestándome Su Divina Majestad la gracia que había puesto en aquella santa alma para la predicación evangélica. Y me dijo Nuestro Señor que no había otro remedio para la paz de la Iglesia. Entonces yo no conocía a este señor, sólo había algunos días que oía decir que un Capellán llamado M. Antonio Claret empezaba a predicar con gran celo de la honra de Dios y salvación de las almas. Me parece debe haber de esto once o doce años lo menos»<sup>(18)</sup>.

Esta visión o inspiración en que se le manifiesta la futura intervención del P. Claret, debió de suceder entre 1844 y 1845, pues la Madre Fundadora escribió estas notas espirituales por orden del P. Currús en 1856; y

---

<sup>16</sup> *Informe* de la M. Antonia Virgili, Priora del Convento de la Compañía de María de Tarragona. Arch. Gener. RMI.

<sup>17</sup> *Aut.*, 61-62.

<sup>18</sup> *Ibidem*, 19.

puesto que la primera inspiración de fundar una orden nueva la tuvo en 1842 <sup>(19)</sup> y « por tantos años seguidos» había pedido a Dios la ayuda para llevarlo a cabo, es de suponer que esos «tantos años seguidos» fueran, por lo menos dos o tres. Lo cual coincide también con el comienzo de los ministerios misionales del P. Claret a gran escala. A partir del año 1844 es cuando el P. Claret se hace popular por todo el Principado Catalán.

#### 5. *Encuentro con el P. Claret*

Cuando la misión de Tarragona en 1847, la Hermana Antonia tuvo ocasión de conocer personalmente al P. Claret. El tenía por costumbre predicar en todos los conventos de religiosas existentes en la población en que misionaba. También las monjas de la Compañía de María de Tarragona tuvieron la dicha de oír al ya célebre misionero catalán. Y su predicación en el Convento de la Enseñanza se conserva la memoria de un hecho que impresionó grandemente a todas las religiosas, y más en particular a la Hermana Antonia, pues fue ella misma quien lo contó innumerables veces a sus hijas. El mismo P. Claret alude a ello en una carta dirigida al Obispo Casadevall el 4 de febrero de 1847. Unos días antes de la fecha de esta carta se había conmocionado toda la ciudad de Tarragona con el escándalo producido por la fuga de una joven religiosa del Convento de la Compañía de María. El P. Claret describe así el episodio:

«Esta infeliz era ya profesa, pero joven. Había entrado con verdadera vocación; era heredera de un pingüe patrimonio y todo lo había abandonado por la Religión. Y ahora abandona a ésta y a su alma por haber escuchado en el locutorio y rejas ...

¡Tanto que había hecho su Excelencia y tanto cómo les había dicho yo en los sermones sobre esto» <sup>(20)</sup>.

La Madre Fundadora que contó repetidas veces este hecho a sus hijas, pone más de relieve el intento del P. Claret por disuadir a esa religiosa de su alocado proyecto de fuga:

«Me contó varias veces nuestra Reverendísima Madre que en aquella misma temporada y misión del P. Claret, predicó en el citado convento de la Enseñanza y dijo en un sermón «que estaba cierto de que una religiosa de aquella Comunidad había hablado repetidas veces en el locutorio con el espíritu maligno, en figura de un pariente». Espantándose las monjas exclamaron: « ¡Jesús! ¡Jesús! ». Y entonces dijo el Sr. Claret «No lo dudéis que es así como lo digo».

Y dentro de poco tiempo se fugó la religiosa del Convento, y se fue con un primo suyo causándose el trastorno que puede calcularse, dicha religiosa se llamaba M. Josefa Catrells, y lo dijo por haber sido notorio a todo el mundo para afirmar más y más lo que dice de S. E. I. Que sabía y preveía los hechos futuros» <sup>(21)</sup> .

Sin duda que ante estos hechos, la Hermana Antonia se confirmaría una vez más en la necesidad de una entrega absoluta, incondicional a la vivencia de los Consejos Evangélicos. Su entusiasmo por el P. Claret crecería sin duda desde estos momentos; su celo por la salvación de las almas en general y su preocupación por las especialmente consagradas a Dios en la Vida Religiosa serían también una confirmación de que este gran Siervo de Dios sería efectivamente quien la ayudaría a organizar las primeras casas de la nueva Orden proyectada.

Es muy probable que el P. Claret hablara en el Locutorio con todas las religiosas durante su estancia en Tarragona; aunque sus ininterrumpidas horas de confesionario y sus predicaciones a toda clase de personas no le dejaban mucho tiempo que perder en « *santas conversaciones* » <sup>(22)</sup> con monjas. La Hermana Antonia, con toda seguridad, no habló a solas con el P. Claret , ni en el confesionario ni en el locutorio. Deseos de hacerlo no le faltarían; pero, o no se atrevió a solicitar una entrevista o no consideró oportuno hacerle perder un tiempo precioso que el P. Claret necesitaba para atender a aquellos buenos tarraconenses de la Ciudad y del Campo que continuamente tenían asediado su confesionario.

Caixal ordenó a su dirigida que pusiera por escrito todo lo que le había sido inspirado por Dios; cosa que ella realizó en el 1848, <sup>(23)</sup> y junto con una carta suya de presentación envió estos escritos al P. Claret. Esta misiva le llegaba en una ocasión poco propicia. Hacía tiempo que el P. Claret se hallaba enfrascado ya en asuntos de monjas que le robaban mucho de su tiempo tan precioso para sus ministerios apostólicos. Se trataba de las *Carmelitas de la Caridad* fundadas por Santa Joaquina de Vedruna y Más en 1826. Ya desde 1843, fecha del regreso de Santa Joaquina de Francia a España, se habían iniciado los contactos del P. Claret con esta

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, 2-7.

<sup>20</sup> P- CLARET, *A Casadevall*, 4 febrero 1847. *Episto. Claret*. I, 198.

<sup>21</sup> M G BARRIL DE SAN FELIPE, *Informe sobre las Virtudes del P. Claret*, p. 2. Cfr. FERNÁNDEZ, C., I, p. 263.

<sup>22</sup> El P. Claret afirma reiteradamente que le gusta predicar en los conventos de religiosas, pero no confesarlas ni dirigir las espiritualmente porque le quitaban mucho tiempo. *Autobiografía*, n. 263.

<sup>23</sup> *Aut.*, 228.

Congregación, mediante una tanda de Ejercicios a las Hermanas de Vich que supusieron una inyección de vitalidad para el Instituto tan peculiar, que el Dr. Palau, futuro Obispo de Vich, llamaba a las Carmelitas de la Caridad « Caritativas Discípulas del P. Claret » (24).

La actividad del P. Claret para con las Carmelitas de la Caridad desde 1843 hasta 1849 fue de un carácter estrictamente pastoral; el P. Claret «fue el Maestro, formador de la mentalidad de las Hermanas, a algunas de las cuales comenzó a dirigir espiritualmente; un colaborador poderoso por el ascendiente arrebatador de su persona ante la curia y ante el pueblo; un guía de la Fundadora y un bienhechor incomparable, pues gracias a su influencia y apoyo el instituto lograría la plena estabilidad civil y canónica» (25).

Y precisamente cuando el Dr. Caixal envió el informe de la Hermana Antonia París sobre la fundación de un nuevo Instituto religioso de mujeres, se hallaba el P. Claret enfrascado en la elaboración de las constituciones de las vedrunas. Esto explica la desconfianza con que él miró el nuevo proyecto que le presentaba su amigo y colaborador tarraconense. Por lo mismo, no hay que extrañarse de que la respuesta del P. Claret fuese, más que una promesa de estudio del proyecto, un encendido elogio de las Hermanas Carmelitas de la Caridad:

«En cuanto a las mujeres, nos ocupa mucho, ya en este año ya en los anteriores, un Instituto que llaman de *El Escorial* o de la Madre Joaquina, porque ella las fundó y todavía vive. Cabalmente hacen lo mismo que dice aquel manuscrito que usted me dio a leer: se ocupan de la enseñanza y de los enfermos; en ellas reina el espíritu de pobreza evangélica, de oración y de caridad. Al presente ya cuentan con más de cien muchachas y tienen el Noviciado en ésta. Todos los años les doy ejercicios y luego se les dará también. Todos los días van entrando; el Noviciado está lleno. Esta ya tiene camino trillado, y por tanto, me parece excusado suscitar otro Instituto que no pueda hacer más de lo que hace éste, y si es susceptible de alguna perfección, se la daremos, pues en nuestra mano lo tenemos. Esto es lo que se me ofrece» (26).

Era lógico que el P. Claret no quisiera saber nada de ningún otro nuevo Instituto que «no pueda hacer más de lo que hace éste», tan lleno de espíritu verdaderamente evangélico. Pero el Instituto que se le proponía, habría de tener también una misión especial que cumplir en la Iglesia. Por eso ni Caixal ni la Hermana Antonia, que estaba convencida de que Dios había elegido al P. Claret para ser el iniciador del nuevo Instituto, se dieron por vencidos.

A mediados de enero de 1850 llegaba el P. Claret a Tarragona. Caixal pensó que sería muy conveniente una entrevista del P. Claret con la Hermana Antonia para que ésta de viva voz le expusiera el proyecto fundacional, y aquél se convenciera de que era el espíritu de Dios quien la guiaba. Será mejor que la misma Madre Fundadora nos cuente el primer encuentro con el P. Fundador:

«Después que nuestro Señor me había dicho tantas veces, como dejo referido (27), que el P. Claret arreglaría las primeras Casa de la Orden, y que otras muchas veces me había Su Majestad (hecho) ver en espíritu la santidad de aquella alma, dispuso Dios que por medio de mi Confesor viniese al convento a hablarme este siervo de Dios. El confesor quería le explicase todas las cosas según él me diere lugar; pero yo tenía tanta vergüenza en decir que Dios me había comunicado esta obra porque yo no entendía de comunicaciones ni revelaciones, así que la confusión me tenía aniquilada, y sólo le dije que nuestro Señor me había dado a conocer que quería se arreglase una Orden en donde se guardase su santísima Ley y consejos Evangélicos; con estas pocas palabras quiso Dios que quedáramos entendidos, y en seguida, sin darme lugar a que me explicase más, me dijo que no dudara, que así se haría. Y diciéndole yo que Dios tenía prisa para que fuese pronto, como nuestro Señor me había dicho que él habría de ir a Roma a buscar un permiso de S.S., me contestó que la fruta estaba ya madura, pero que todavía no estaba en sazón; que bien podía descansar dejándolo a su cuidado todo, y con una de aquellas gracias que él acostumbraba hablando me dijo:

«*Ara yo ya sé que vuestre está aquí.* Ahora están acabando las misiones mis compañeros y después nos reuniremos todos y trataremos con el Obispo de Barcelona que está para llegar, y es muy amigo mío, y veremos cómo se arregla la cosa.»

Pero Dios nuestro Señor que tenía determinado en sus decretos eternos dar el vuelo a la otra parte del mundo, permitió que se ofreciere no sé qué estorbo, que creo desbarató algunas de sus ideas, sin duda porque eran bien diferentes los planes de Dios de los de este santo varón, y mío porque bien cierto que ni él pensaba en la cruz que Dios le tenía preparada, cargándole el gobierno de esta vasta isla, ni yo había pensado por entonces atravesar esos mares.

---

<sup>24</sup> *Revista Católica*, abril 1846.

<sup>25</sup> ALONSO FERNÁNDEZ, A.M<sup>a</sup>., *Historia documental de la Congregación de las Hermanas Carmelitas de la Caridad*, I, Madrid, 1968, p. 180.

<sup>26</sup> P. CLARET, *Escritos*, BAC, Madrid, 1959, p. 825.

<sup>27</sup> *Aut.* 19, 36, 38, 39.,

Así que me quedé en mi convento siguiendo como antes; y él siguiendo sus misiones, tal vez sin acordarse más de mí, hasta que se cumplía el tiempo que Dios desde su eternidad tenía determinado para trasladarnos en este nuevo mundo, en donde quería empezar su obra» (28)

En estas notas autobiográficas de la Madre Fundadora hay una alusión al arzobispado de Cuba en la que parece darse a entender que el P. Claret no «sospechaba aun la cruz que Dios le tenía preparada», siendo así que ya había aceptado la elección para la Archidiócesis de Santiago de Cuba el día 4 de octubre de 1849. Lo que sucedió fue que el P. Claret continuó sus campañas misioneras por toda Cataluña mientras se tramitaba el despacho de su nombramiento en Roma y en Madrid; cosa que duró más de seis meses. Este viaje a Tarragona lo realizó a mediados de enero de 1850 para tratar con Caixal asuntos relativos a la Librería Religiosa y para consultar «algunas cosas ... con el venerable y apreciado Arzobispo de Tarragona, pues que, además de los deseos que tengo de verle ... él me llama» (29).

La M- Antonia puede referirse también a la « cruz » de los trabajos apostólicos del P. Claret en Cuba.

## 6. ¿El P. Claret quiere que Caixal sea el fundador del Instituto?

Como se puede ver por el relato de la Madre María Antonia, el P. Claret aprobó decididamente el proyecto del nuevo Instituto. Pero parece que no estaba muy decidido a ser él personalmente quien llevase la iniciativa. Quizás para no privar al mismo Caixal de la paternidad de una idea que él había sacado adelante. Se puede deducir esto por las palabras del P. Claret a la Hna. María Antonia, tal como ésta las trasmite: «Ahora están acabando las Misiones mis compañeros, y después nos reuniremos todos y trataremos con el Obispo de Barcelona que está para llegar, y es muy amigo mío, y veremos cómo se arregla la cosa ».

¿Qué es lo que el P. Claret tenía que arreglar con el nuevo Obispo de Barcelona, Dr. Costa y Borrás, recientemente trasladado de Lérida, cuando sus compañeros acabaran las Misiones? Las ideas que por entonces bullían en la cabeza del P. Claret eran la fundación de una nueva casa de los Misioneros en Barcelona y otra en Tarragona. Solamente con una casa de los Misioneros en Tarragona, podría el Dr. Caixal incorporarse a la Congregación de Misioneros, ya que el Arzobispo Echanove le había negado el permiso para trasladarse a Vich. En cambio estando en Tarragona, no habría dificultad para que el Dr. Caixal se incorporase a la Congregación de Misioneros del P. Claret.

Sobre estos planes fundacionales en Barcelona y Tarragona escribía el P. Claret al Rmo. P. Esteban Sala:

«Me dice el S. Nuncio...pediría informe al S. Arzobispo de Tarragona, yo espero de ese Señor dará el informe favorable por dos razones, la una porque al pasar por una temporada el S. Caixal a Barcelona redundará en bien de la Iglesia por la Librería Religiosa; y después también en bien particular del Arzobispo de Tarragona, porque luego que el S. Obispo estará en Barcelona dos o tres de los nuestros de Vich pasarán allá a formar una casa de Misiones y Ejercicios y en esta Casa estará Caixal, después dicho Caixal junto con algunos otros compañeros pasará a ese Arzobispado para formar otra Casa al mismo objeto pues que mi plan es poner en cada obispado una Casa así. Tenga la bondad de comunicar este mi pensamiento al S. Arzobispo que estoy cierto que le gustará, dígame que no faltarán sujetos y buenos» (30)

Pues bien, durante esa estancia temporal de Caixal en Barcelona podría él mismo, con la ayuda del Dr. Costa y Borrás, Obispo de la diócesis, fundar la primera Casa del nuevo Instituto proyectado por la Hna. María Antonia.

No sabemos cuáles serían las dificultades a las que alude la misma Hna. María Antonia, que imposibilitaron la fundación proyectada por el P. Claret en Barcelona y el subsiguiente traslado del Dr. Caixal a la ciudad condal. Quien considere las cosas desde una perspectiva sobrenatural, como hacía la Madre Fundadora, no dejará de percibir el misterioso hilo conductor de la Divina Providencia que había destinado al P. Claret para ser el iniciador de la nueva fundación.

---

<sup>28</sup> *Aut.*, 61, 62.

<sup>29</sup> P. CLARET, *A Casadevall*, 21 dic. 1849. *Epist. Claret*. I, 341.

<sup>30</sup> P. CLARET, *A P. Esteban Sala*, 27 de febrero 1850. *Epist. Claret*. I, 362.

El Dr. Caixal que estaba también convencido por las palabras de la Hermana Antonia, que había de ser el P. Claret quien llevase a cumplimiento aquella obra, quiso, después que fracasaron los planes primeros de fundación en la diócesis de Barcelona, obtener una palabra de compromiso formal de él antes de que marchase para Cuba. A principios de febrero escribió al P. Claret que se hallaba de nuevo en Vich; pero su respuesta fue tan ambigua que más bien parecía una negativa:

«Al Sr. Canónigo Caixal. Vich 9 febrero (1850).

Muy amado hermano: Acabo de recibir la de usted. Veo cuanto en ella me dice, y me sorprende lo que me refiere de aquella o aquellas novicias de Tarragona, porque necesito más tiempo para encomendarlo a Dios y alcanzar la gracia del acierto; yo pensaba hacer una osa con la francesa y la de Tarragona, pero dudo que se puedan encuadernar juntas, porque conozco que la una tiene el espíritu semejante al de Marta y la otra el de María. Me parece que cada una

ha de tener su objeto. Yo no quisiera errar ya desde el principio, ni tampoco comprometer mi nombre y honor. Nos hemos de acordar que tratamos con mujeres que siempre andan precipitadamente y con poca reflexión y son perfidiosas que nunca cesan hasta salir con la suya, y después a veces corresponden muy mal. Dos casos están pasando en esta ciudad, el uno es que una muchacha muy buena en el siglo y ahora muy mala en la Religión, viendo su bondad y vocación le proporcioné los medios que no tenía para entrar, todo se consiguió, entró; no tardó mucho en entibiarse, en hacer melindres y boberías, y como si esto fuese poco contrajo enseguida una amistad con ... que escandaliza a toda la Comunidad, desprecia todos los avisos, correcciones, etc. en una palabra, es una mala religiosa. Otro caso está pasando que todavía es peor. Estos y otros casos que yo sé me hacen andar con recelo siempre que tengo que tratar con esa mercadería. Por último le digo que yo no me sé resolver por de pronto en decirle lo que se ha de hacer sobre este asunto; necesito más tiempo para encomendarlo a Dios: esto es muy diferente del Plan de las Hijas del Corazón de María, que gracias a Dios me dice que saldrá luego el librito: aquí no hay compromiso ni peligro alguno sino mucho bien. Entre tanto usted obre lo que estime prudente.

Expresiones a todos los amigos. Y Usted mande a su hermano y S. S. q. s. m. b.

Antonio Claret, Presbítero <sup>(31)</sup>.

Caixal no quedó satisfecho con esta respuesta de su amigo. Pensó que quizá una carta de la misma Hermana Antonia le decidiese a tomar una resolución definitiva; y, así, le escribieron los dos inmediatamente instándolo a que diese su última palabra. Pero la respuesta del P. Claret que no se hizo esperar no fue más decisiva que la anterior:

«Al Sr. D. José Caixal. Vich 16 febrero (1850)

Mi apreciado hermano: Acabo de recibir la de Usted junto con la carta, de la Hermana París. No sé qué le responda por de pronto. Me hallo Dios sabe cómo. *Tribulationes sunt mihi undique*. Ayer tuve tentaciones de muerte, porque *melior est mors quam vita amara*. Necesito todas las áncoras de la oración para no naufragar en la tormenta en que me hallo. Tengo muchas cosas y grandes que hacer y no me permiten trabajar lo que conviene. Gravísimos asuntos gravitan sobre mí, ni sé cómo de ellos poder escapar, y me dicen que si yo no lo hago nadie lo hará; y cabalmente la transcendencia que tienen a la gloria de Dios y salvación de las almas...

Sobre mis llagas viene esa Hermana París. ¿Qué haré yo? Para ella se ha de formar un plan; para la francesa de Perpiñán otro; para la casa de ejercicios otro; para las Hijas del Corazón de María otro; a más de los sacerdotes misioneros que se van aumentando gracias a Dios y a esto añade usted lo que he insinuado arriba. ¡Válgame Dios!... Yo lo que haré será encomendar el asunto a Dios para que le inspire a usted lo que ha de hacer respecto de esa Hermana y haga usted lo que estime prudente.

Mande usted de su hermano y seguro servidor q. s. m. b.

Antonio Claret, Presbítero <sup>(32)</sup>

¿Se desentendía el P. Claret de la Hermana Antonia? La última frase de esta carta parecía indicarlo; pero no es así. La entrevista de Tarragona fue el punto inicial de la compenetración de dos almas santas, de dos personalidades movidas por un mismo ideal: trabajar por devolver su *hermosura* a la Iglesia. Aunque la Madre Antonia no fue nunca propiamente dirigida espiritual del P. Claret, sin embargo éste fue el gran formador de su mentalidad apostólica y religiosa a través de sus pláticas, cartas, y, sobre todo, con el ejemplo de su vida. Toda la gran actividad misionera del P. Claret suscita entusiasmo y admiración desbordante en ella, y siempre lo consideró como un santo. Abundan en sus cartas y notas autobiográficas testimonios que lo confirman.

<sup>31</sup> P. CLARET, A Caixal, 9 febrero 1850. *Epist. Claret*. I 353-354.

<sup>32</sup> P. CLARET, A Caixal, 16 febrero 1850. *Epist. Claret*. I, 357-358.

Por su parte, el P. Claret será un gran admirador de los extraordinarios carismas de la Madre María Antonia; y sus Planes para la Reforma General de la Iglesia lo fascinaron de tal modo que hizo lo posible por llevarlos a la práctica y cuando no se pudieron llevar a cumplimiento a escala universal porque Pío IX no los aceptó, él se aprovechó al máximo de las ideas de la Madre, para la composición de sus libros y para sus programas apostólicos.

Por estas dos últimas cartas se ha podido ver que el P. Claret le estaba dando vueltas al asunto de la fundación; pero eran tales las tareas que pesaban sobre él en vísperas de su consagración episcopal y con miras a la preparación de su viaje para Cuba que no podía materialmente preocuparse de la Hermana Oarís.

Ante estas respuestas del P. Claret, nada alentadoras por cierto, no es de extrañar que los ánimos del Dr. Caixal se vinieran abajo. Y él no pudo menos de exponer su pesimismo a la Hermana Antonia: pareciéndole ya imposible « dar mano a la obra »<sup>(33)</sup> de la fundación del Instituto.

Pero ella, acostumbrada ya a los caminos providenciales que no son siempre los más fáciles, no se determinó; fue ella quien tuvo que alentar en esta ocasión a su director espiritual diciéndole que « así convenía sin duda para la ejecución de la obra »<sup>(34)</sup>. Como los planes de Dios no estaban aún en sazón, Antonia, « se quedó en su convento siguiendo como antes »<sup>(35)</sup>. Como antes, no; porque al poco tiempo iba a suceder algo importante en el Convento de la Enseñanza de Tarragona.

## 7. Antonia recibe el hábito de la Compañía de María

Nueve años llevaba en el convento vestida de seglar, pero desempeñando los oficios del convento como cualquier otra religiosa profesa. Las leyes civiles prohibían la vestición de nuevas novicias; pero como quien da la ley, puede dispensar de ella, se iba a hacer una excepción con las postulantes del convento de la Compañía de María de Tarragona.

El 10 de abril de 1850 la joven Reina Doña Isabel II en su visita a la ciudad encontró un resquicio en su apretado horario oficial para hacer una visita al Convento-Colegio de la Compañía de María. La Priora aprovechó la ocasión para suplicar a la Reina el permiso necesario para que las postulantes pudieran vestir el hábito y profesar. Isabel II accedió gustosa<sup>(36)</sup>. Sin pérdida de tiempo, empieza al día siguiente los ejercicios espirituales preparatorios para la toma de hábito. Como la voluntad de Dios no estaba aún plenamente clarificada, el Dr. Caixal no opuso objeción alguna a que Antonia tomase el hábito de la Compañía de María junto con sus compañeras. En el Libro de Actas del convento quedó consignado el hecho:

«El día 21 de abril de 1850 vistió el santo hábito en esta Sagrada Religión de Nuestra Señora y Enseñanza de Tarragona Antonia París Riera, natural de la presente ciudad, siendo sus padres Francisco París y Teresa Riera; tenía la joven novicia 36 años. Celebró la santa misa el M.I. Sr. D. Martín Figarol Vicario General del Arzobispado; asistieron al acto los señores D. Amtonio Carbó y D. Antonio Palau, Catedráticos del Seminario de esta misma ciudad. Predicó el R. P. Pablo Torner lector, carmelita descalzo. Todo con autorización del Excmo. E Ilmo. Sr. D. Antonio Fernández de Echanove, Arzobispo de Tarragona, siendo Priora la R. Madre Raimunda Durán»<sup>(37)</sup>.

Por el número y la calidad de los asistentes pertenecientes al clero, se echa de ver la solemnidad e importancia que se le concedía a un acontecimiento que hacía 15 años que no se verificaba en Tarragona. Quizás pueda parecer extraño que el Dr. Caixal no haya asistido a esta ceremonia. No estaba en Tarragona. El día 23 del mismo mes de abril empezaba en Vich unos ejercicios espirituales bajo la dirección del P. Claret. Los había programado el P. Fundador para que sirvieran como de despedida al mismo tiempo que de

---

<sup>33</sup> *Aut.*, 63

<sup>34</sup> *Aut.*, 63.

<sup>35</sup> *Aut.*, 62.

<sup>36</sup> CEPEDA, 22-23. Desconocemos la fuente de donde el P. Cepeda toma esta información de la visita de Isabel II al Convento de la Compañía de Tarragona. Quizás del desaparecido Archivo del mencionado convento. Pero la indicación de la fecha exacta —«10 de abril de 1850»— le da garantía de autenticidad a lo sustancial del hecho. La interpretación que el mismo P. Cepeda hace, relativa a aquello de que «le llamó vivamente la atención la extraordinaria modestia de la joven postulante Antonia París», no pasa de ser un comentario piadoso.

<sup>37</sup> *Libro de Actas de la Compañía de María de Tarragona, fol. 168.*

compenetración espiritual, entre los misioneros que se embarcaban con él para Cuba y los que se quedaban en España. El Dr. Caixal era considerado y se consideraba como uno de ellos, aunque hasta entonces no había podido romper con la resistencia del Arzobispo. De hecho, nunca llegará a convivir con los misioneros, porque al poco tiempo será nombrado Obispo de Seo de Urgel.

En este nuevo encuentro con el P. Claret quiso Caixal obtener una palabra definitiva sobre el asunto de la Hermana Antonia; pero solamente le dio la palabra que por entonces podía darle: una promesa de preocuparse personalmente e las posibilidades de la fundación que le ofreciera su nuevo campo de Apostolado. Veamos cómo ella misma nos relata estos hechos:

«Vino mi confesor de esta entrevista poco más o menos de cómo se fue, esto es sin ninguna decisión de este señor (Claret). Porque nada le pudo sacar sino que estaba ya madura la fruta pero que todavía no estaba en sazón, y que él entre tanto vería cómo estaba este nuevo mundo y si había buena disposición.

Yo con esta respuesta nada me contenté, antes me quejé a mi confesor porque no le había obligado a responder un si profesaría o no, porque en esto sólo me habría quedado tranquila; pues no tenía ningún empeño en salir ni en quedarme, si bien la profesión me arrancaba el alma, pues que no sólo la había deseado con vivísimos deseos los diez años de noviciado, sino desde que tenía uso de razón; pero en cuanto me hubiera dicho este santo que convenía para la gloria de Dios que saliera del convento (que era dividir mi alma) me habría conformado con la divina voluntad. Porque desde que Dios Muestro Señor me había hecho ver la santidad de aquella alma y los dones de Gracia que S. D. M. le había confiado, era grande la confianza que le tenía, que por su voz me parecía oír la de Dios; pero no quiso N. S. darme este consuelo antes quiso bebiera el cáliz hasta la última gota <sup>(38)</sup>.

No había más remedio que seguir esperando la hora que la Providencia tuviera señalada.

El Noviciado canónico no supone para Antonia cambios especiales en su vida de cada día. Durante estos meses siguientes desempeñará el oficio de sacristana; pero no sabemos si sería exonerada del cargo de maestra de clases; probablemente no, porque las hasta entonces habían sido postulantes desempeñaban casi todos los oficios relativos a la enseñanza.

Los nueve años transcurridos en el convento habían sido más que suficientes para que la Hermana Antonia hubiese dado muestras palpables de su auténtico espíritu religioso. Por eso, cuando no había transcurrido aún el año completo de noviciado, fue admitida por voto unánime de la comunidad a la profesión religiosa.

## 8. *Salida del Noviciado*

Debió de ser en el mes de diciembre cuando llegó de Madrid el permiso Real para la admisión a la Profesión. El permiso había sido concedido de palabra por la Reina en su visita al convento en el mes de abril; pero fue necesario cumplir todos los trámites burocráticos. Fue entonces cuando empezó para la Hermana Antonia un periodo de verdadera angustia. Por una parte, ella estaba ansiosa por consagrarse a Dios mediante a emisión pública de los votos; pero, por otra parte, la profesión en la Compañía de María hacía prácticamente imposible el cumplimiento de aquellos designios de Dios, todavía no plenamente clarificados, pero que, según los designios, se orientaban a la fundación de un nuevo Instituto. He aquí como la Madre nos describe su situación de ánimo:

«Cuando Dios N. S. tenía determinado desde la eternidad el que yo saliera del convento, dispuso S. M. para mi mayor aflicción que viniera el real permiso para la profesión, que había quince años que estaba prohibido por el Gobierno, y cerca de diez que yo tenía de noviciado, esperando por momentos, el día feliz de mi profesión. ¡Aquí fueron las apreturas!

Estaba ya en esta sazón el Excmo. Sr. Claret consagrado Obispo y a punto de embarcarse para la Diócesis. Como Dios N. S. me puso tanta certeza en las palabras de este siervo de Dios cuando vino a hablar conmigo, como tengo dicho, de que no dudase que la obra se haría, así que no podía yo quitarme de la memoria de cómo podría ser esto, de profesar en aquel convento, si Dios quería que yo pasara adelante la obra que S. D. M- me tenía encargada » <sup>(39)</sup>.

Estas dudas de la Hermana Antonia impresionaron al Dr. Caixal. No sería infrecuente en la segunda mitad del siglo XIX ver surgir nuevas congregaciones religiosas por medio de escisiones de Congregaciones

---

<sup>38</sup> *Aut.*, 96-97.

<sup>39</sup> *Aut.*, 94-95.

preexistentes, pero por los años 40-50 no se conocía prácticamente ningún caso. Y, por otra parte, Caixal, como buen conocedor de las disposiciones canónicas vigentes, sabía que el que una religiosa abandonase el convento para fundar otro no era caso único en la Historia de la Iglesia, pero no le agradaba semejante modo de proceder ni sería bien visto, aparte de los infinitos quebraderos de cabeza que traería consigo.

Contando ya con la promesa de su personal preocupación por la fundación del Instituto cuando llegase a Santiago de Cuba, pero contando también con que el viaje sería largo y los trámites para la fundación no fáciles de solucionar ante de que llegase el momento de la emisión de los votos de la Hermana Antonia, Caixal quiere saber el parecer del P. Claret sobre la profesión o salida de la misma Hermana Antonia. Por orden suya escribe Antonia al P. Claret cuando éste estaba ya en Barcelona en vísperas de embarcarse para Cuba cosa que hizo el 28 de diciembre de 1850. No sabemos si la carta llegaría ya a manos del P. Fundador; probablemente no, porque no hay indicio alguno de una respuesta en las notas autobiográficas de la Madre Fundadora; pero sí sabemos que esta quedó sumida « en un mar de confusión sin determinar nada» (40). Dios le quiso hacer gustar en esta ocasión una aflicción indecible. Ella se ponía enteramente en manos de sus Directores espirituales, pero éstos declinaban la responsabilidad de un paso de tanta transcendencia.

Iban pasando los días, y el Dr. Caixal sin decidirse todavía. Habían dado comienzo ya los Ejercicios espirituales preparatorios para la profesión, y aún no se veía claro por ninguna parte. La novicia pasaba las noches enteras en oración delante del Santísimo Sacramento o de una imagen de Jesús crucificado pidiendo las luces necesarias; pero «el cielo se había vuelto de bronce y las continuas lágrimas no lo ablandaban» (41). Empezaban a asaltarle tentaciones de desconfianza y pensaba que todo sería un ardid del demonio para

«sacarme del convento, y después dejarme sin poder ser religiosa; esto era para mí el martirio más atroz, porque el amor que he tenido a la vida religiosa no soy yo capaz de explicarlo. Y estos temores me los ponía más de punto el demonio por ver que los confesores y el buen Excmo Claret que me había asegurado de la obra, no se atrevían a determinar el caso» (42).

Caixal quiso agotar todos los medios humanos antes de dar un paso en falso. Convocó a una especie de consulta de Directores. También andaba por medio en este asunto el P. Tomás Gatell, antiguo director espiritual de Antonia, y director ahora de una novicia del mismo convento de Tarragona, Florentina Sangle, que se había ofrecido a seguir la misma suerte de Antonia. El P. Gatell anteriormente había sido del parecer de que Antonia no profesara en la Compañía de María; pero ahora, a la hora de la verdad,

«también temía determinar el caso, porque mi confesor (Caixal) lo había puesto en sus manos, fiando de la mucha experiencia que tenía este Padre Maestro Gatell, más que de sí mismo, y porque también era director de la otra mi compañera que quería salir conmigo» (43).

En realidad, el Padre Gatell se inclinaba por la salida; pero le aterraba la campanada que ésta iba a suponer. Y no era para menos. Todo estaba ya dispuesto para la profesión: El Arzobispo, el clero, la ciudad toda, estaba esperando el solemne acto de una profesión religiosa que no se había visto en la ciudad desde hacía más de quince años. Por ello no es de extrañar que el buen P. Gatell se sintiera anonadado. La Madre se hace eco de ello:

«...las grandes dificultades que se presentaban lo espantaban tanto que no tenía ánimo para cargar con ellas. El conocía el trastorno que tendría la comunidad, y no menos el Sr. Arzobispo porque le constaba lo mucho que nos amaban unos y otros y decía que íbamos a dar tal golpe de campana, que no sólo se oiría en toda la ciudad, sino en todo el Arzobispado. Y así fue» (44).

Pero Antonia miraba las cosas con más realismo: «a mí no se me daba nada todo esto, porque no me parecía tanto como él decía, porque habían salido otras novicias y nada de esto sucedió» (45). A ella le preocupaba más el disgusto que su salida iba a causar a la Comunidad y principalmente, a la buena Madre Raimunda Durán, Priora del Convento.

Los días de ejercicios se iban terminando, y el convento hervía con los preparativos de la solemnidad. Se habían preparado los hábitos nuevos y todo lo demás necesario para la profesión. Y Antonia, por imposición de sus directores, tenía que comportarse exteriormente como si todo su interior estuviese gozando

---

<sup>40</sup> *Aut.*, 98.

<sup>41</sup> *Aut.*, 99.

<sup>42</sup> *Auo.*, 100.

<sup>43</sup> *Aut.*, 101.

<sup>44</sup> *Aut.*, 101.

<sup>45</sup> *Aut.*, 102.

de una paz completa, «para que la M. Priora no entendiera nada» (46). Pero sus tribulaciones interiores quedan bien reflejadas en estas palabras:

«Yo todo era llorar, y rogar día y noche a Dios y a María Santísima que se dignaren iluminarle, a fin de que saliéremos de una vez del apuro. ¿Qué dirán, decía yo, en mi casa de hacerles gastar sin provecho si no profeso? Y ¿Qué dirá la M. Priora, sino que todo es ficción y mentira? ¿Cómo le pago las finezas con tanta ingratitud? Tantas pruebas de amor especialmente en estos últimos días, que rebosaba de contento por verme ya profesa como ella decía, por los grandes deseos de que ello tenía, que yo no sé por qué me amaba tanto. Cada expresión de cariño que me hacía era para mí un dardo que penetraba mi alma por la pena que después le habría de causar mi separación, porque a mí ya me daba gracia Nuestro Señor para todo sacrificio. Y así decíale a Dios: «Esto, Señor, me hace multiplicar mis lágrimas e importunaros con mis ruegos» (47).

48 Pero aún le quedaba a la Hermana Antonia un trance más amargo que sufrir. Ya hemos podido ver por sus palabras cómo la Priora del convento la tenía en gran estima. Y una prueba evidente de la confianza que en ella depositaba la Priora se la dio durante estos días en que se estaba decidiendo su salida del convento. Un día se le presentó la Madre Priora para confiarle que una novicia, víctima de una fuerte tentación quería salir del convento sin prestar atención a los consejos del confesor. Acudía a Antonia para que tomase bajo su cuidado a esta novicia, pues a ella le hacía mucho caso. La buena M. Raimunda estaba apesadumbrada porque esa novicia estaba a punto de amargarle la fiesta de la profesión por un capricho (48). Es fácilmente comprensible que Antonia quedara como aturdida ante esta prueba de confianza de su Priora:

«Amaba yo a esta buena Madre como la niñeta de mis ojos, pues tantas pruebas de verdadero amor me había dado por el espacio cerca de diez años que vivía bajo su maternal cuidado y amable compañía. Este era el golpe más fuerte que yo más temía, si determinaban mi salida... Sentí tal pena al ver las expresiones de confianza y dolor con que se consolaba esta mi Madre con quien le había de dar el golpe más fatal que se podía imaginar si perdía la hija que ella más amaba. Aunque yo no sabía lo que determinaría, siempre me inclinaba a que saldría; así que me dio un temblor todo el cuerpo, por no poder tenerme en pie; no sé qué le contesté ni sé cómo ella no advirtió lo que pasaba en mí, y me parecía que con la cara me habría de conocer la pena que le encubría, y me daba gran pesar el ocultársela; pero mis confesores así lo juzgaban más prudente por muchas causas. Así que nada atiné, y todo lo que veía en mí aquellos días le parecía fervor de los Santos Ejercicios que ya estábamos en la *cuarta semana*; y así trató de animarme... Esta seguridad era una pena intolerable para la que tan poca tenía» (49).

Pero lo que ante todo y sobre todo, le interesaba era cumplir la voluntad de Dios. Fueron estas pruebas una especie de purificación pasiva para que su alma se entregara sin reservas en las manos de Dios, con absoluto desprendimiento de todo lazo y de toda atadura terrena. Ella misma lo entendió así. Llegó a vislumbrar la posibilidad de que el Señor quisiera tenerla en perpetuo sufrimiento y martirio. Ella se consideraba feliz en la Clausura y no anhelaba nada más que consagrarse enteramente a Dios por la profesión de los votos; pero ahora veía la posibilidad de que Dios quisiera desligarla incluso de este modo de servirle, para dejarla en absoluta soledad y desprendimiento; de aquí sus gritos a Dios en medio de tanta desolación:

«...no permitáis, oh Dios mío, que por mis ingratitudes pierda la felicidad que tengo a la mano y vaya a ser una infeliz sin remedio. Dividir mi corazón es el dejar Madres y Hermanas tan queridas, pero arrancar mi alma será arrancarme de vuestra santa Casa Señor. Pero, Redentor mío, en tal que salvéis mi alma, salvadla por los medios que Vos queréis aunque sea padeciendo martirio toda mi vida, cual sería si tengo de vivir en el siglo. El amor a la clausura me hacía una fuerza invencible, pero el amor a vuestra santísima Voluntad, Señor, me rinde a todo sacrificio» (50).

Y Antonia optó absolutamente, ciegamente por asirse exclusivamente a la mano invisible de Dios. Esta prueba era necesaria. Y salió airosa de ella.

«...Porque, como en tantas ocasiones me habría de valer El solo, tanto en el mar como en la tierra, quiso hacer antes prueba de la confianza que yo tenía en su Providencia divina, y así quiso que saliera sin más esperanza que esperar contra toda esperanza en su providencia infinita y su gran bondad, cierta que guiaría mis pasos hasta el fin deseado de mi eterna felicidad» (51)

Efectivamente, el P. Gatell y el Dr. Caixal se decidieron por la salida de las dos novicias. En los libros de Actas y Crónicas del Convento no se hace comentario alguna de estas salidas. Pero el revuelo que armaron

---

46 *Aut.*, 102.

47 *Aut.*, 103.

48 *Aut.*, 105.

49 *Aut.*, 105-106.

50 *Aut.*, 106.

51 *Aut.*, 107.

tuvo que ser mayúsculo tanto en el convento como en la ciudad. Se puede fácilmente imaginar el asombro de la Madre Priora cuando la Hermana Antonia le dijera que no profesaba y que salía del convento. Y aún subiría de grado su asombro cuando se enterara de que Antonia no se iba sola sino que la Hermana Florentina Sangler se marchaba con ella. La buena Madre Reimunda Durán tuvo que aceptar la dura realidad de ver cómo la fiesta de la profesión tan largamente soñada y tan cariñosa y sinceramente preparada, se «amargaba» con la salida inesperada de dos novicias. En los libros de Actas del Convento, al pie de la página del Acta de toma de Hábito de Antonia se dice lacónicamente: «esta Hermana Antonia París salió de esta Santa Clausura para pasar a otra Religión el día 28 de enero de 1851 con permiso del Sr. Arzobispo»<sup>(52)</sup>.

El laconismo de estas frases expresan la *intención* de las dos novicias que se salían del convento; pero no la realidad presente. No se salían « para pasar a otra Religión ». Esto no lo hubiera hecho nunca. La realidad era muy otra; y queda reflejada en las notas autobiográficas de la Madre:

«Salí con mi compañera el 28 de enero de 1851 ... sin saber en dónde iríamos a parar ni lo que de mí se haría, ni siquiera sabía en qué casa pararíamos por de pronto, (tal abandono quiso de mi N. Señor en su providencia en esta ocasión) »<sup>(53)</sup>.

La salida del convento, si en realidad fue providencial para su futuro destino de Fundadora, humanamente hablando habría que decir que fue un fracaso que la cerraba de momento el paso a toda ayuda. Esta desconfianza, por parte de los hombres, impulsa cada vez más a Antonia a entregarse totalmente en las manos de Dios. Ella sabía que su empresa era más divina que humana; y como por entonces no había posibilidad alguna para llevarla adelante, se puso enteramente en manos de Dios para cuanto El dispusiera. Su compañera, la Hermana Florentina Sangler, fue la primera en admirar esta confianza en Dios: «A mi compañera le daba mucha fatiga el ver el desamparo con que me trataba Dios en este negocio, y estaba espantada de ver cómo yo me lanzaba en manos de la Divina Providencia»<sup>(54)</sup>.

Este abandono absoluto en sus manos era lo que esperaba el Señor para comenzar su obra. En este punto, como en muchos otros, la vida de Antonia París corre paralela con la del P. Claret. También éste se empeñó en hacerse religioso. Primero quiso ser cartujo, vida de austero retiro; después jesuita, vida de entera acción apostólica. También él encontraba su felicidad en el noviciado de la Compañía de Jesús. Pero ni la vida de cartujo ni la de jesuita era la que Dios le tenía destinada. Se trató de una vocación temporal a un determinado estado de perfección que le sirvió para desprenderse enteramente de las cosas de este mundo y entregarse sin reservas en las manos de Dios.

El caso de la Madre Fundadora tampoco es único en la Historia de las Congregaciones religiosas femeninas. La misma Fundadora de la Compañía de María, Santa Juana de Lestonnac, había ingresado en un Monasterio de monjas cistercienses y permaneció seis meses en el noviciado, hasta que aconsejada por sus directores espirituales, hubo de abandonar aquel género de vida. Y en la segunda mitad del siglo XIX abundarán los casos de novicias, y religiosas profesas incluso, que se *desgajarán* de una Congregación para dar vida a otra nueva.

El tiempo - nueve años, 3 meses y 7 días - que Antonia París pasó como postulante-novicia en el convento de Tarragona tuvo una misión providencial: habituarla a una intensa vida de oración y penitencia, y familiarizarla con las interioridades de una familia religiosa, que, en definitiva, tenía muchos puntos de contacto con la que ella iba a fundar. El convento de Tarragona fue para la futura fundadora una escuela de perfección:

« ...fue para mí esta santa casa un estudio, o mejor diré una escuela perfectísima donde me enseñó Su Divina Majestad la nata de la virtud religiosa, y los medios para adquirirla, que son la total abnegación de sí misma por una continua contradicción de espíritu religioso, pero encontrados »<sup>(55)</sup>

Una vez más existe un paralelo perfecto con el P. Fundador. También éste fue encaminado por Dios al noviciado de la Compañía de Jesús para que aprendiera allí las técnicas que después le servirían en su vida netamente apostólica<sup>(56)</sup>

---

<sup>52</sup> Libro de Actas del Convento de la Compañía de María de Tarragona, fol. 168.

<sup>53</sup> Aut., 109.

<sup>54</sup> Aut., 110.

<sup>55</sup> Aut., 237.

<sup>56</sup> P. CLARET, *Autobiografía*, n. 152.

En la Compañía de María, la Madre Fundadora pudo *ensayar* los dos polos fundamentales de su *carisma enclaustramiento interior y apostolado*. Dimensiones fundamentales de la obra que Dios le encomendaba.

Antonia no olvidará jamás esta primera experiencia religiosa realizada en la Compañía de María. Y conservará siempre un gratísimo recuerdo de las Madres y Hermanas de aquel convento que fue, según propia confesión su primer cielo <sup>(57)</sup> A su vez en el Convento de la Compañía de María de Tarragona se conservará durante mucho tiempo indeleble el recuerdo de su ejemplaridad religiosa. El testimonio de la Priora del Convento que ya hemos aducido más arriba es reflejo elocuente de la veneración hacia la Hermana Antonia allí conservada y transmitida de generación en generación. Lo mismo que a Santa Juana de Lestonnac en el noviciado cisterciense, le hizo ver Dios a Antonia en el convento de la Compañía de María su futura misión de fundadora. Sobre este *fracaso* de su vocación a la Compañía de María se cimenta su originalidad, su visión propia de la vida religiosa. La vida religiosa en la Compañía de María no ofrecía nada más que lo típico de un monasterio de Clausura con una ligera actividad apostólica. En la mente de Antonia se empieza a dibujar un nuevo tipo de vida religiosa - que se irá clarificando con el correr del tiempo y a la que ella irá dando retoques hasta la hora de su muerte - en la que la mujer pudiera saciar su sed de entrega total y sus ansias de retiro y mortificación; pero en la que la unión con Dios y la ascesis del cuerpo se realizará, más que por las rudas penitencias, por el quebranto de la voluntad y el esfuerzo del trabajo apostólico <sup>(58)</sup>

Era una forma de vida religiosa enteramente nueva en la Iglesia. Por eso serán innumerables las dificultades que se encontrarán a la hora de querer sancionar con la aprobación canónica un género de vida que desbordaba los cauces de la legislación eclesiástica vigente. Pero de esto hablaremos más adelante al especificar el *carisma fundacional* de Antonia.

## 9. *Un año de espera en Tarragona*

El alboroto que el P. Gatell se temía, se verificó puntualmente. La campanada de la salida de las dos novicias en vísperas de la tan ansiada profesión, se oyó efectivamente en todo el Arzobispado. «Porque tan pronto como se comunicó a la M. Priora y al Arzobispo la determinación de salir del convento, hubo tal trastorno y alboroto que a pocas horas se supo por toda la ciudad» <sup>(59)</sup>.

El hecho era comentado de muy diversas maneras. Pero todas las culpas fueron a estrellarse contra los confesores de las dos novicias. El Arzobispo Fernández Echanove y todo el clero de la ciudad los culpaban de semejante escándalo. Y a buen seguro que de no haber sido hombres de seriedad tan probada, lo hubieran pasado muy mal. Es escándalo aumentó aún más de tono cuando Antonia se negó de plano a regresar a su casa. Ella era consecuente consigo misma. Había abandonado su casa para entrar en Religión; y no salía ahora del convento para volverse atrás de su decisión de ser religiosa. Por lo mismo, no quería volver a su casa. Y con este propósito salió del convento. Ya se lo había prevenido al Dr. Caixal:

« ... porque de principio dije a mi confesor que en caso de determinar mi salida, de ninguna manera quería ir a mi casa, pues ya no la contaba por mía desde el día que salí de ella para entrar en el convento, casa de mi Padre Celestial» <sup>(60)</sup>.

Además, con ella había salido su compañera Florentina Sangler, natural de Menorca. No podía separarse, pues juntas habían de dar principio a la nueva Orden. Esta pobre Hermana pasó verdaderas angustias ante la incertidumbre:

« ...todo era decir ¿quién sabe en dónde iremos a parar? ¿En qué casa nos colocarán? A mí me daba compasión al verla con tantas congojas, porque yo por esta parte padecía, pues ya estaba yo acostumbrada a esta traza de Dios» <sup>(61)</sup>.

Se puede vislumbrar el escándalo producido en Tarragona con la salida de las dos novicias por el hecho de se intentara sacarlas de la ciudad para ocultarlas durante algún tiempo en alguna masía o pueblo cercano hasta que fueran apaciguándose los ánimos en la ciudad. Pero Antonia no se avino a estas cavilaciones provenientes del Convento de la Compañía de María; porque se daría así, a su salida un aire de escándalo

---

<sup>57</sup> *Aut.*, 93.

<sup>58</sup> AZCARATE, I. De, *El origen de las Ordenes femeninas de enseñanza y la Compañía de María*, San Sebastián. 1963.

<sup>59</sup> *Auto.*, 112.

<sup>60</sup> *Aut.*, 109.

<sup>61</sup> *Aut.*, 110.

público que en manera alguna correspondía a la realidad. Antonia se plantó con dignidad y se negó a esta especie de fuga o de destierro, según se quisiera mirar: «determinadamente les dije que yo no cometía ningún crimen en salir del convento, ni en no querer ir a mi casa, y así que no quería moverme de Tarragona» (62).

Se dio a buscar un alojamiento para sí y para su compañera; y no le resultó difícil encontrarlo. Tenía muchas y muy buenas amistades en la ciudad, no sólo por la posición de su familia, sino porque ella se las había ganado con su trabajo en las clases. En la primera puerta que llamó encontró calurosa acogida. Se trataba de D. Pablo Bofarull, penitenciario de la Catedral, el cual no sólo en esta ocasión sino también más tarde cuando la Madre funde el convento en la cercana ciudad de Reus, le prestará valiosa ayuda. Estaba muy agradecido a la Hermana Antonia porque había sido maestra de una hermana suya:

«a la cual yo educaba con mucho esmero. Así que no fue menester más que una pequeña insinuación para darnos el mejor lugar de su casa, no habiéndose pedido más que un rinconcito, el más ínfimo de ella. En esta casa estuvimos un año y quince días, que fue todo el tiempo que estuvimos fuera del convento hasta embarcarnos para Santiago de Cuba» (63)

La casa que dio hospitalidad a la Madre y a su compañera por más de un año, está en la plaza de la Catedral, a unos metros de la puerta Principal de la misma Catedral. Escogieron ellas mismas una habitación que les permitía vivir aisladas de la familia de D. Pablo. Era una habitación incómoda «por ser en extremo caliente en verano, y fría en el invierno» (64) Pero sus aspiraciones eran vivir aisladas del tumulto de la gente: «...Esta gracia nos hizo Dios por el amor que yo tenía a la santa clausura, y por haberla sacrificado en obsequio a la divina voluntad» (65).

Inmediatamente después de su salida, por orden de Caixal escribió Antonia al P. Claret exponiéndole:

« ...cómo los dos confesores, después de largas oraciones y muy madura deliberación, determinaron mi salida del convento antes de profesar, para evitar mayores inconvenientes como se ofrecían después si pasara adelante la profesión ... Y así que estaba ya libre para hacer cuanto a S. S. I. Le pareciera conveniente para mayor gloria de Dios (66).

Como se puede ver por esta carta, tanto Caixal como Antonia estaban seguros de que el P. Claret sería quien llevase adelante la fundación del Instituto; a pesar de que él, antes de marchar para Cuba, no les había dado más que una promesa de ver las posibilidades que ofreciera la Isla para la fundación. Y esta carta la escribió Antonia cuando el Arzobispo estaba aún navegando rumbo a Cuba, a donde llegó el día 16 de febrero de 1815.

El hecho de que dos novicias salidas del convento no se integren a sus casas y se decidan a vivir juntas en casa prestada no podía menos de llamar la atención:

« todos estaban de expectación por ver en qué pararía aquel negocio; porque nadie sabía el objeto de mi salida, y todos los extrañaban en gran manera, mayormente que nadie creyó que mi salida fuese para quedarme en el mundo; así que, al ver que se pasaba tanto tiempo y estábamos nosotras con tanta quietud y tranquilidad en aquel rincón de casa, todo les movía más la curiosidad; y cierto era para divertir ver personas tan graves ocupadas con tanto empeño de dos hormiguillas, porque, empezando desde el Arzobispo hasta el más ínfimo, todos hablaban de lo mismo. Unos nos hacían monjas de la Trapa... Otros nos hacían fundadoras de qué sé yo que Orden, y otros nos mandaban a Francia o a Italia. Y así cada uno quería acertar en sus desconciertos, y ninguno atinaba el blanco» (67).

No faltaron incluso confesores que enviasen algunas jóvenes dirigidas para que simulando deseos de seguir el género de la vida de las dos novicias, « rastreasen » cuáles eran sus intenciones pero se quedaron con las ganas, porque Antonia supo discernir quienes venían con rectitud de intención y quiénes con ánimo exclusivo de curiosear.

La opinión popular, escandalizada con la salida de las dos novicias, se fue calmando hasta volverse enteramente favorable a ellas. Su comportamiento era la mejor respuesta a la curiosidad provinciana de aquellas gentes. Su ejemplaridad trajo como consecuencia el que algunas jóvenes se les quisieran juntar

---

62 *Aut.*, 113.

63 *Aut.*, 114.

64 *Aut.*, 115.

65 *Aut.*, 116.

66 *Aut.*, 117.

67 *Aut.*, 119-120.

sinceramente para adoptar el mismo tenor de vida. De todas las que se le ofrecieron, Antonia escogió tres en las que podía confiar enteramente. Las dos primeras eran primas suyas: las hermanas María y Antonia Gual; y la tercera, una sobrina del Dr. Caixal, Josefa Caixal y Roig.

Solamente de la primera, es decir, de María Gual, que en religión se llamará María Rosa de San Juan, conocemos algunos pormenores de su encuentro con la Hna. Antonia. Tenía ya apalabrado su ingreso en un convento de Tudela (Navarra), pero más por dar gusto a su confesor que por propio convencimiento<sup>(68)</sup>, cuando se puso bajo la dirección del Dr. Çcaixal, quien al verla tan atribulada, la disuadió de marchar al convento hacia donde la empujaba su confesor. Por medio de Caixal se puso en contacto con Antonia, y allí encontró la tranquilidad y la orientación definitiva de su espíritu. Según se desprende de su correspondencia episcopal con Caixal, parece que ella fue la primera que se juntó a Antonia y a su compañera Florentina:

« Del modo que me determiné juntarme con mi actual M. Priora, entonces llamada Ha Antonia y la Ha. Florentina. Por mandato de mi primer Confesor, presenté a esas Señoras un modelo de las labores que había aprendido para ir a Tudela, a fin de que ellas las examinaran; quedé sorprendida, confiada y triste; sorprendida de ver el lugar que habitaban, tan pobremente adornado, la dulzura de sus palabras, y como personas llenas de Dios, confiada, por que sentía en mi interior un movimiento tal que arrebatava todo mi afecto mayormente cuando la que se llamaba Ma. Antonia, me animaba a seguir mi vocación adelante e ir a ser monja a Tudela, pues que todavía estaba en eso sin haberme dado aquella terrible tristeza que dije arriba; luego me habló del modo que me había de portar para ser una monja feliz; después preguntó si quería ser muy pobre, y con esta palabra traspasó el alma de alegría viendo acertaba lo que quería, y por otra parte me entristecí viendo que si iba a donde me querían llevar, perdía este amable trato con la dulce, hermosa y santa Pobreza.

Después me pareció que la Hermana Antonia era como el amante de Jesucristo que yo había leído, que habiendo estado 10 años en el retiro de su convento, llenándose de este Divino Amor y abrasada en ese divino incendio que la quemaba viva se hubo de salir a esparcir esas divinas llamas en bien de sus prójimos, determinada a sufrir cualquier trabajo, fatiga y dolor para dar gusto a su amado Dios.

Todo esto eran pensamientos que me venían, pues que yo no sabía por qué había salido del convento ni ella me había hablado cosa alguna de sí »<sup>(69)</sup>.

## 10. *Voto de no separarse*

Antonia empezaba una nueva misión: formar en su espíritu a las nuevas candidatas. La Hermana Florentina Sangler ya había demostrado estar plenamente identificada con ella al abandonar el convento en su compañía. Y a fe que Antonia no empleaba frases acarameladas ni les proponía un camino sembrado de rosas. Al contrario, desde el principio las quiso plenamente conscientes de los sacrificios y renunciaciones que las esperaban en el género de vida que intentaban abrazar. Cuando las creyó plenamente entregadas, se decidió a dar un paso más en la constitución del incipiente instituto. El compromiso de no separarse que hicieron el día 15 de agosto de 1851 se puede considerar como la *fundación carismática* del Instituto. Pero será mejor oír el relato de labios de la misma Madre Fundadora:

«Día de la Asunción de María Sma. (1851) reuní las jóvenes que había admitido por compañeras ... y comulgamos todas con gran devoción y ternura, ofreciéndonos a Dios con voto de atravesar los mares e ir a cualquier parte del mundo sin hacer división entre nosotras, ni apartarnos en ninguna cosa del parecer de nuestro superior; y como entonces yo no tenía otro superior que mi confesor, hicimos el voto a Nuestro Señor después de comulgar con la intención de ratificarlo a la tarde del mismo día en manos o en presencia del Ilmo. Sr. Caixal, que éste era mi confesor y también de las demás. Así como lo prometimos a la mañana, lo cumplimos a la tarde en presencia de dicho Ilmo. Sr., y después de haber hecho el voto, y ofreciéndonos a padecer cualquier trabajo por amor de Nuestro Señor Jesucristo, nos hizo este Ilmo. Sr. Una plática tan fervorosa, y nos dijo tales cosas, que muy buen provecho nos han hecho en tantas tribulaciones como se nos han ofrecido »<sup>(70)</sup>.

La finalidad que se propuso la Madre Fundadora en ese compromiso fue:

---

<sup>68</sup> M. MARÍA ROSA GUAL, *Carta a Caixal*, 14 de abril 1862.

<sup>69</sup> M. MARÍA ROSA GUAL, *Carta a Caixal*, 24 de abril 1862.

<sup>70</sup> *Aut.*, 121. Se trata de un acto que recuerda muy de cerca al realizado por San Ignacio y sus compañeros en Montmartre que dio origen a la Compañía de Jesús.

«el asegurar la vocación de estas jóvenes por medio de la santa obediencia como fue el obligarnos a no apartarnos un punto de la voluntad de nuestros superiores... asegurarles que yo nunca las abandonaré, como consta de aquella palabra que dice sin hacer división entre nosotras»<sup>(71)</sup>

Esta promesa de Antonia, de no abandonarlas nunca, les sirvió de gran consuelo a aquellas jóvenes y las afianzó en el camino emprendido; porque, no es de extrañar, fueron muchos los inconvenientes que las malas lenguas, y lenguas bien intencionadas también, les ponían ante la vista, de modo que «a no ser escogidas por la mano de Dios habrían desistido muchas veces»<sup>(72)</sup>.

Fue durante este año de absoluto retiro y meditación tranquila en Tarragona cuando el *fermento vocacional, el carisma de fundadora*, sembrado por Dios en su corazón mientras permaneció en el convento de la Compañía de María, maduró plenamente, explicitándose en las nuevas formas de vida religiosa que habría de adquirir su Instituto: la acentuación del enclaustramiento interior, del trabajo, e la austeridad, de la total entrega a la comunicación con Dios y al servicio del prójimo mediante la enseñanza de la Ley santa de Dios a toda criatura. Aspiraciones que coincidían plenamente con el espíritu del Arzobispo que por entonces recorría ya el dilatado territorio de su Archidiócesis devorado por el celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas. Estos meses de Tarragona fueron decisivos para la futura espiritualidad del Instituto. De hecho la misma Madre Fundadora consideraba este lapso de tiempo tarraconense como el de la siembra de los ideales del Instituto que germinaría en Santiago de Cuba. En el archivo de la Casa de Carcagente hay un libro cuyo título nos confirma este modo de pensar de la Madre Fundadora, pues fue ella quien lo puso: «*Estado físico, moral y social instructivo de todas las personas profesas del Instituto Apostólico de la Inmaculada Concepción de María Santísima que tuvo su origen en Tarragona el 15 de agosto de 1851 y fue fundado en Santiago de Cuba por el Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret a los 27 de agosto de 1855.*»

Durante estos meses pasados en la casa de D. Pablo Bofarull, Antonia y su compañera Florentina Sangler no fueron gravosas a nadie. Vivieron del trabajo de sus manos. El prestigio de buena educadora ganado por sus largos años de enseñanza en el Convento, y sus finísimos bordados en los que era maestra consumada le proporcionaron clientela más que suficiente para atender a sus limitados gastos. Cuando años más tardes evoque los tiempos de su «voluntario retiro» tarraconense, se dejará llevar de la nostalgia:

«...lo que yo deseaba por entonces era el vivir separada de todo trato y comunicación con la gente, y así lo logré tan perfectamente que vivíamos, con mi compañera, todo aquel tiempo más vida de ángel que de criatura terrena»<sup>(73)</sup>.

También la Hermana Florentina encontró la paz y tranquilidad de espíritu, maravillándose al ver «la posada» que Dios les tenía preparada tan a su gusto desde el día mismo de la salida del convento.

La espera en Tarragona, en casa de D. Pablo Bofarull, hubo de prolongarse más de lo que ellas se prometían en principio. La respuesta del P. Claret no podía ser a vuelta de correo como ellas hubieran deseado. La carta de Antonia había llegado a Cuba casi al mismo tiempo que el Arzobispo. Y antes de que éste pudiera dar una respuesta decisiva, era necesario estudiar detenidamente su nuevo campo de apostolado. Era lo que les había prometido antes de embarcarse; estudiar las posibilidades que ofreciera el Nuevo Mundo. Y a esto se dedicará inmediatamente después de tocar tierra cubana.

---

<sup>71</sup> *Aut.*, 123.

<sup>72</sup> *Aut.*, 124.

<sup>73</sup> *Aut.*, 115.

### **Capítulo III:**

## **El Padre Fundador**

1. El apóstol de Cataluña.
2. Cuba. Escenario de la fundación del Instituto.
3. Santiago de Cuba.
4. La enseñanza en Santiago de Cuba.
5. El P. Claret llama a la Hermana Antonia.

## 1. *El Apóstol de Cataluña*

La vida de San Antonio María Claret y su personalidad verdaderamente espléndida y polifacética está ya esbozada en amplia biografía por todos conocida <sup>(1)</sup> aunque se advierten en ella graves lagunas; y una de éstas es precisamente su dimensión de fundador de las *Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas*.

No es necesario, por tanto, que expongamos aquí detalladamente los avatares de su fecunda vida y apostolado, pero sí será conveniente una visión panorámica para que se vea cómo se enlazan el fundador y su fundación; y cómo ésta es fruto maduro de sus inspiraciones y experiencias.

Antonio Claret había nacido en Sallent, provincia de Barcelona, el día 23 de diciembre de 1807. Exactamente seis años y medio antes que Antonia París y Riera. Con intención de seguir la carrera eclesiástica inició en su mismo pueblo natal los estudios de latinidad, pero la muerte del *domine* que le enseñaba los intrincados vericuetos de la gramática latina, por una parte, y por otra, las necesidades de la incipiente expansión del negocio de tejidos de su padre, hicieron que el adolescente Antonio Claret se incorporase a los trabajos del telar casero.

La preocupación por el trabajo de cada día y el interés por su propio perfeccionamiento en la industria textil lograron adormecer paulatinamente sus sueños sacerdotales. Su habilidad natural y su empeño en el trabajo hicieron que el joven Antonio Claret superase muy pronto a todos los obreros del pequeño telar familiar, corriendo a su cargo la delicada tarea de examinar y dar los últimos retoques a los trabajos realizados por los demás obreros. Cuando apenas había dejado atrás la adolescencia, ya había aprendido todo lo que se podía aprender en materia textil dentro del ámbito de los talleres existentes en la mayor parte de las ciudades catalanas; y, sobre todo, se había sabido ganar las simpatías y admiración de los obreros por las maneras finas e insinuantes con que corregía sus fallos técnicos.

Deseando un mayor perfeccionamiento en las técnicas textiles a nivel industrial, se trasladó a la Capital del Principado, donde se impuso también rápidamente en los más avanzados y complicados procedimientos del ramo. Como en Sallen, también en Barcelona descolló muy pronto. Sus triunfos estaban amasados con su esfuerzo personal, pero también con ese « algo » que llevaba dentro de sí que era su intuición. Las mejores muestras llegadas de París o de Londres eran estudiadas, analizadas, reproducidas y mejoradas por él con facilidad tal, que pasmaba a los mejores técnicos de la industria textil barcelonesa.

---

<sup>1</sup> Citamos solamente algunas obras más importante: FERNANDEZ, C. *El Beato P. Antonio María Claret*. Madrid, 1946. 2 vols.; *El Confesor de Isabel II*, Madrid, 1946 GUTIERREZ, F., *El Apóstol de Canarias*. Madrid, 1969; AGUILAR, M., *Vida admirable del siervo de Dios P. Antonio M<sup>a</sup>. Claret*. Madrid 1894. LOZANO, J.M. *Un místico de la acción*. Roma, 1963.